



AN SOLA

RI ESPAÑOL

1

BV85

.S4

S6

v. 1

1904

115800



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080015175

SÉÑERI ESPAÑOL

ESTUDIOS DE ELOCUCION

# SÉÑERI ESPAÑOL

POR EL

P. JUAN MARIA SOLÁ

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

COMPRENDE LOS DISCURSOS CUARENTA Y SEIS DEL P. PABLO SÉÑERI, S. J.,  
NUEVAMENTE TRADUCIDOS Y ACOMPAÑADOS DE NOTAS MARGINALES,  
ANÁLISIS ORATORIOS Y OBSERVACIONES CRÍTICAS

SEGUNDA EDICIÓN

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)

TOMO I



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Teller

MADRID

LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEB AMO  
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6.

1904

45151

BV 85

.54

56

v.1

1904



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## LICENCIA DE LOS SUPERIORES

*Cum opus, cui titulus est: ESTUDIOS DE ELOQUENCIA. SÉ-  
ÑERI ESPAÑOL, a P. Joanne Maria Solá, nostrae Societatis  
sacerdote, compositum, aliqui ejusdem Societatis revisores, qui-  
bus id commissum fuit, recognoverint et in lucem edi posse pro-  
baverint; facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis,  
ad quos pertinet, videbitur.*

*In quorum fidem has litteras, manu nostra subscriptas et si-  
gillo Societatis nostrae munitas, dedimus.*

*Barcinone 1 Ianuarii 1904.*

ANTONIUS INESTA,  
*Præp. Prov. Aragoniae, S. J.*

✧ Miguel F. Chevenia. ✧

*S. Conciliar.*

*M. F.*

008511

## NÓS EL DR. D. VICTORIANO GUIASOLA Y MENÉNDEZ

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL REINO, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, ETC., ETC.

*HACEMOS SABER:* Que venimos en conceder y concedemos nuestra licencia para que en esta Diócesis pueda reimprimirse y publicarse la obra titulada *SÑERI ESPAÑOL: ESTUDIOS DE ELOCUCENCIA POR EL P. JUAN M. SOLÁ, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS*, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y, según la censura, nada contiene que se oponga al dogma católico y sana moral, debiendo presentar en esta Secretaría de Cámara dos ejemplares de la citada obra.

En testimonio de lo cual expedimos el presente, rubricado de Nuestra mano, sellado con el mayor de Nuestras armas y refrendado por Nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 28 de Abril de 1904.

✠ *Victoriano,*  
*Obispo de Madrid-Alcalá.*

Por mandado de S. E. L. el Obispo mi Señor,  
*Dr. Raimundo Victorero,*  
*Secretario.*



## AL LECTOR

He aquí el tomo primero de los ESTUDIOS DE ELOCUCENCIA en los modelos más acabados; toso ensayo que ofrecemos á todos los amantes de la que llamaron los antiguos *reina de las artes*. Ningún camino ni más breve ni más seguro para ser elocuente que el ejemplo y comunicación de los grandes oradores. ¡Qué bien merecería de las letras patrias y de la religión el que nos presentase en hermosa galería las obras más perfectas de Demóstenes y Esquines, de Cicerón y Tito Livio, de San Basilio y San Crisóstomo, de Sñeri y Bourdaloue, y, para hablar de nuestra España, las de Ávila y Granada, de Osorio y Rivadeneira, del B. Orozco y de León, y nos hiciese ver y palpar sus bellezas y primores, y sentir como ellos sintieron para alcanzar los triunfos que ellos alcanzaron! Al que emprendiere labor tan gloriosa y provechosa ayudará tal vez este trabajo, al cual damos principio con los discursos morales del P. Pablo Sñeri, de la Compañía de Jesús, llamado con razón el *Cicerón cristiano*. Fuera de su excelencia y de la necesidad que teníamos de ellos en nuestra patria, moviéronos á darlos íntegros, y en primer lugar, el considerarlos muy á propósito para el estu-

dio práctico de la elocuencia, introduciendo en la nueva traducción las modificaciones que indica el título de *SEÑERI ESPAÑOL*.

Léanlo y estúdienlo cuantos profesen amor á lo bello ó tengan obligación de mover y persuadir á sus semejantes. ¿Y quién hoy no la tiene? Los pastores de Israel, los ministros de la predicación, los que se habilitan para la carrera del púlpito, el que defiende los intereses de la patria en la asamblea, ó la justicia en los tribunales, ó la verdad en la revista y el diario; el socio en las mil congregaciones católicas que dirige el apostolado seglar, hasta el padre diligente y el hermano celoso y el amigo verdadero han menester de elocuencia para persuadir al hijo, al hermano y al amigo. Espada es la elocuencia que, más ó menos fina, nos ha dado el Señor á todos los hombres para que nos sirvamos de ella á gloria suya, defensa de la virtud y destrucción del reino del pecado. Gran delito fuera ó tenerla sin filos, ó encerrada en la vaina.



## INTRODUCCIÓN

*Nec converti ut interpres, sed ut orator. .  
In quibus non verbum pro verbo necesse ha-  
bit reddere, sed genus omne verborum vim-  
que servavi.*

CIC. DE OPT. ORN. ORAT.

### I

**R**EINA de las artes hemos llamado á la elocuencia, con la autoridad de los antiguos; pero hay que confesar que es hoy una reina destronada. La revolución, que arrancó el cetro á tantos reyes proclamando la anarquía, invadió también el campo de la literatura; y al grito de *abajo las reglas* se desentendió de Aristóteles y Cicerón, de Horacio y Quintiliano, para seguir sin tino el ímpetu de las pasiones y los sueños de una imaginación desvariada. Las inteligencias, acostumbradas á emanciparse de Dios y de toda autoridad legítima, mal podían respetar á un escritor vetusto de Atenas ó de Roma.

Todas las artes han sentido los efectos desastrosos de esa convulsión horrenda, pero más que todas la elocuencia, precisamente por ser la reina y señora de todas ellas. Unos le han negado hasta el nombre de arte, como Cousin <sup>1</sup> y Charles Lévêque <sup>2</sup>; otros la primacia entre las artes; y otros, con la mayor inconsecuencia del mundo, le dan el nombre, pero le quitan las prerrogativas de arte racional, que son guiarse por reglas racionales. Así, algunos revolucionarios más templados, pero menos lógicos, consienten que haya reyes, pero reyes que reinen y no gobiernen.

<sup>1</sup> Du Vrai, du Beau et du Bien, leçon IX.

<sup>2</sup> La sciencie du Beau, partie 3, chap. 2.



Conque ¿es arte la arquitectura y la estatuaria, la pintura y la música, la mímica y la poesía, y no lo será la elocuencia? ¿Es arte el asentar bien las piedras de un edificio ó labrarlas con el cincel hasta darles la figura de un hombre, y no lo será fabricar un discurso con sus partes proporcionadas entre sí, ó dar á la palabra toska la vida y aliento del espíritu? ¿Es arte distribuir los colores en el lienzo, y no lo será pintar con la palabra, no ya el azul del cielo, sino el mismo cielo, y la majestad del Dios invisible; no las líneas del rostro, sino lo que anima al mismo rostro; no la apariencia y sobrehaz de las criaturas, sino su misma substancia y naturaleza? ¿Es arte recrear el oído con la armonía de la voz ó del sonido, ó con la cadencia del metro, y no lo será vibrar esa voz y conmover con ella los ánimos é inflamarlos á gloriosos triunfos, no sólo con sonoros ecos, sino con razones poderosas? Concluyamos que la elocuencia es arte porque representa con formas sensibles la belleza inmaterial, y es la reina de las artes porque las abarca todas y las pasa de vuelo. Ninguna refleja mejor que la elocuencia ese destello de la luz divina que llamamos alma; ninguna reproduce con tanta energía el conjunto de todas sus facultades; ninguna avasalla y hiera más vivamente y de un golpe todas las potencias y sentidos del que oye; ninguna tiene ni más alto fin, ni materia más delicada, ni más utilidad ni provecho, ni dominios más dilatados. Por esto la escogió el Hijo de Dios por su mensajera para que anunciase la buena nueva á todas las gentes, diciendo á los Apóstoles: *Praedicate Evangelium omni creaturas* <sup>1</sup>.

¿Y esta arte soberana ha de carecer de principios firmes y seguros? Los tiene, y por cierto más fijos y universales que las otras artes que representan la belleza, y en la estabilidad de ellos cifra la elocuencia gran parte de su soberanía. Declararla emancipada de toda ley, equivaldría á darle la muerte; así, la independencia de la razón ha sido la muerte de la misma razón; la independencia ó soberanía popular ha sido la muerte del pueblo; la independencia de la autoridad humana en el gobierno ha sido su ruina, y la independencia de la inspiración personal trae la muerte de esta misma inspiración. Porque todas las cosas viven y medran mientras están unidas y dependen de otro superior de quien reciben el vital influjo. Declárese independiente el sarmiento de la vid, la mano del cuerpo y

<sup>1</sup> Marc., xvi, 15.

el arroyo del manantial, y en el mismo punto perderán el ser y la vida que tenían. Sólo Dios es independiente, porque sólo es bastantísimo é infinito.

¿Y qué principios fijos y universales reconoce la elocuencia? Los que nacen del fin y objeto que fija é invariablemente se propone el hombre que trata con su palabra de persuadir á otro hombre. Mientras este fin y objeto no se muden; mientras no se cambie la naturaleza del hombre que ha de persuadir, ni del que ha de ser persuadido, los principios esenciales en que estriba la elocuencia jamás se mudarán. De donde manifiestamente se colige que si los preceptos de Aristóteles y Cicerón, de Horacio y Quintiliano han nacido de la consideración profunda de la naturaleza del hombre, nunca se desviará de ellos la elocuencia, sino para despeñarse en su perdición: ¿Y quién duda que ésta es la gloria de los antiguos maestros? Ellos estudiaron al hombre que habla y al que escucha; ellos sorprendieron al ingenio en sus manifestaciones más elocuentes, y robándoles el secreto de su palabra viva, eficaz y vencedora nos lo comunicaron á nosotros. Así consta de sus códigos inmortales, y tal es el oficio del arte preceptivo. — « Bien podemos formular, dice Aristóteles, las causas del maravilloso resultado que consiguen algunos oradores por su método ó por su raro talento; pues este reflexionar nadie negará que es el objeto propio del arte » <sup>1</sup>.

Y Cicerón reduce la retórica á una « observación de los medios prácticos de que se vale el orador para triunfar con la palabra » <sup>2</sup>. Aprovechémonos de sus observaciones, y no seamos como el pródigo que desprecia ó malbarata la hacienda que sus buenos padres allegaron con trabajo. Pero, sobre todo, observemos también nosotros, y empapando nuestro espíritu en el espíritu de los genios del bien decir, y que han sido fieles intérpretes de la naturaleza, perfeccionaremos la misma naturaleza. Entre ellos sobresale ciertamente el P. Pablo Séñeri, de la Compañía de Jesús.

<sup>1</sup> Retórica I, 1.—<sup>2</sup> De Orat. II, 57.

## § II

«Por lo que hace á la elocuencia, fué muy aventajado y tenido con razón por el varón más elocuente y discreto de toda Italia»: *Quod ad eloquentiam attinet, prorsus extitit singularis, et jure ac merito habitus est eloquentissimus unus et disertissimus italorum*<sup>1</sup>. Este juicio del P. José María Mazzolari, después Mariano Parthenio, acerca del mérito del P. Séñeri, es el de toda su nación; y esa gloria y pujanza que alcanzó en el siglo XVII y XVIII, la conserva sin menoscabarse un punto en el siglo XIX. Antonio Angelini, conocido en todo el mundo literario por la pureza y elegancia de su estilo epigráfico, feliz imitador del gran Morcelli, no teme afirmar que «Pablo Séñeri, llamado el Tulio cristiano, es tan elocuente, que cuanto más á él se acercaren los oradores italianos (y lo mismo en su modo podemos decir de los españoles), más perfectos serán; y cuanto de él se apartaren, tanto se alejarán de la perfección de la elocuencia»<sup>2</sup>.

Todo contribuyó á hacerle gran orador y maestro de oradores. Dios, los hombres, y un tesón perseverante en el ejercicio del bien decir. Era de hermoso parecer, aspecto grave y majestuoso, color blanco, complexión fuerte, memoria firme, agudo ingenio, voz robusta y corazón magnánimo. Había nacido en Nettunno, en la costa del Tirreno, el 21 de Marzo de 1624, y sus padres Francisco Séñeri y Victoria Bianchi le educaron con particular esmero. Dícese, no sin algún fundamento, que *poeta nascitur, orator fit*; mas cuando el hombre nace orador, si después se perfecciona con el arte y la disciplina, obra portentosa con la palabra. Nacióse orador nuestro Pablo, y siendo muy niño, y reunidos los otros muchachos, se subía á una silla ó poyo, y desde allí peroraba con extraña vehemencia contra la gente mala que no quiere amar á Dios.

La formación literaria que recibió en el colegio de la Compañía de Jesús, donde le pusieron sus padres, fué maciza y clásica. Rota la corteza de la lengua, pudo gustar el meollo

<sup>1</sup> Josephi Marianii Parthenii Commentarii et elogía.

<sup>2</sup> Paulus Segnerius, quem Tullium christianum dixeris, ad quem quo propius imitatione itali oratores accedent, eo erunt praestantiores, tantumque a summa dicendi absolute, quantum ab ejus exemplo recedent. Appendix Libri III Inscriptionum. Or. in Coll. Rom.

del clasicismo griego y romano, que en forma cristiana le presentaron sus maestros. Cicerón, sobre todo, le robó el alma, y desde aquella edad nunca lo dejó de la mano. Pero la grandeza de su pecho no cabía en el mundo, siempre pequeño y siempre fementido, y se entró en la Compañía para seguir de cerca á su Capitán Jesús. Arraigadas sus virtudes con dos años de ejercicios humildes y penosos á la carne, bajo la dirección del P. Juan Paulo Oliva, después general de la Orden, volvió á su amado Tulio, cuya voz resonaba fuertemente en su alma varonil. El orador hablaba al orador; pero el gentil y el abogado *pro domo sua* no hallaban eco en el cristiano ferviente, y mucho menos en el jesuíta. ¿Qué hizo, pues? Lo que dice San Jerónimo en su epístola *ad Magnum*<sup>1</sup>. A la hermosa cautiva la convirtió en hermosa israelita; y la elocuencia de Tulio, esclava, sí, pero de hablar gracioso y de miembros lindamente proporcionados, la pasó á la familia real y servidumbre de Cristo. Las Catilinarias, las Verrinas y las Filípicas están ya cristianizadas, y el rayo que hirió la frente de Pisón y Marco Antonio hiere y mata en manos de Séñeri á la soberbia, á la ambición y á la codicia.

Robustecido su ingenio con la filosofía de Aristóteles, la más sólida y la más á propósito para la defensa de la verdad cristiana y la verdad revelada, no ensanchó y levantó hasta el cielo con el estudio de la teología escolástica, en la cual oyó al famoso Sforzia Pallavicini. Hizo en ella admirables progresos, y se dió después á la Escritura y Santos Padres, principalmente á la lectura del Crisóstomo. En él encontraba sin escoria el oro fino de la elocuencia griega, y, embebiéndose en sus libros, pudo trasladar á los suyos la pureza de Isócrates, la elegancia de Lidias y la vehemencia de Demóstenes.

Bueno era Séñeri á la edad de treinta y seis años, pero no era santo; y es imposible, sin serlo, convertir á los pecadores y reformar el mundo. Si no ardo, ¿cómo he de inflamar? Si estoy sumido en la tierra, ¿cómo he de levantar los hombres hacia el cielo? La zarza no da uvas, y el corazón, enredado en sus aficiones, no puede verter la unción del divino Espíritu. Estando, pues, en Perusa haciendo los ejercicios de San Ignacio, dióse tanto á la oración y vencimiento de sí mismo, que se sintió tro-

<sup>1</sup> Quid ergo mirum si et ego sapientiam secularem propter eloquii venustatem et membrorum pulcritudinem de ancilla atque captiva israelitidem facere cupio? Labor meus in familiam Christi proficit.

cado en otro hombre. La idea de la eternidad le trajo desvelado y aterrado mucho tiempo; y deseoso de servir á Dios en cosas arduas, pidió las misiones y se armó para ellas con todas las virtudes, principalmente de humildad, celo de las almas y mortificación verdaderamente espantosa. Cilicios de cerda, cadenas de hierro, puntas agudísimas, disciplinas de sangre, una armazón de 300 alfileres con que se punzaba y desgarraba el pecho, y otros crueles instrumentos que atormentaban su carne y la sujetaban á la razón y ley divina, prueban que, si es dificultoso llegar á ser buen orador, más cuesta, sin comparación, llegar á ser insigne predicador y salvador de las almas. ¡Gran desengaño para los que pretendemos la gloria y los frutos de la elocuencia cristiana sin sus raíces, que son las afrentas y dolores de la cruz de Cristo! Así, orando y mortificándose continuamente, encendía la fragua de donde salían los rayos que abrasaron á Italia. Teoría es ésta que pudo aprender de su maestro Cicerón, el cual asegura que nunca el oyente se inflama si la palabra no sale inflamada del pecho del orador: *Nec unquam is, qui audivet, incenderetur, nisi ardens ad eum perveniret oratio*<sup>1</sup>; y en el mismo vibrar de la voz se conoce y se siente si es fuego verdadero ó fatuo el que menea los labios.

En veintiséis años de misiones en compañía del P. Pinamonti, es indecible el fruto que recogió y los lugares que evangelizó. Recorrió, casi siempre á pie, y regó con sus sudores y á veces con su sangre, las diócesis de Luca, de Placencia y de Favencia, las de Parma, de Mantua y de Génova, la Tarentina, la Mutinense y la de Reggio, la Nonantulana, la Carpense y la Aretina, las de Bolonia y de Ancona, la Serzanense y la Albengana. De ordinario tenía que predicar en campo raso, porque la muchedumbre del pueblo no cabía en las iglesias. Tres y cuatro mil oyentes casi nunca los tenía, porque, en general, llegaban á siete ú ocho mil, y algunas veces á veinte y treinta mil, los que le escuchaban. Estaban colgados de su boca, y no se hartaban de oír aquellas divinas enseñanzas que fluían, como el rocío, de sus labios: *Tamquam ros fluebat de labiis ejus*. Con su elocuencia portentosa volvía y revolvía los corazones, y tenía particular fuerza en pacificar á los enemistados. En las peroraciones se inflamaba á veces de manera que, desnudando sus espaldas, se disciplinaba con un azote de hie-

<sup>1</sup> Orat., 38.

rro, tan áserpemente, que brotaban arroyos de sangre; ¡lastimoso espectáculo que ablandaba las peñas, y todo el inmenso auditorio, á grandes voces y con sollozos entrañables, pedía al cielo misericordia!

Los prodigios que Dios obraba por su apóstol esforzaban su elocuencia. — Predicando en el campo, sobrevino una recia tempestad. Se desparramara la gente si el orador no le mandara que estuviese queda; y vino una lluvia copiosísima, pero toda cayó fuera del círculo de su auditorio. — Era el mes de Agosto: sobre las cabezas de los oyentes caía un sol abrasador. Empieza Sèneri el discurso, y he aquí que de la banda del Oriente se levanta una nube, y permanece suspensa en el aire haciendo sombra á los oyentes mientras duró el sermón; terminado éste, desapareció la nube. — En una aldea de la diócesis de Parma mandó el párroco que se diese vino á todos los que asistían á la misión del P. Sèneri. El barrilito era pequeño; bebieron de él más de cinco mil hombres y no se agotó con esto. Milagro que todo el mundo atribuyó á los merecimientos del santo predicador.

Huía de las ciudades grandes y de la comunicación de príncipes; pero los príncipes y las ciudades siempre le llamaban. Inocencio XII le nombró teólogo de la Penitenciaría, examinador de obispos y predicador del Sacro Colegio. A todo satisfizo cumplidamente, hasta que el Señor quiso galardonar á su siervo llevándolo á su gloria el día 9 de Diciembre de 1694. Había vivido en la Compañía de Jesús 56 años y 14 en el seno de su familia.

### § III

De las obras del P. Sèneri <sup>1</sup>, la más elocuente y la más famosa es su *Cuaresma*, que en nueva forma presentamos á los lectores, como norma del bien decir y continua materia de estudio. Antes de exponer nuestro pensamiento, veamos el que

<sup>1</sup> Son las principales: *El Cristiano instruido*.—*El incrédulo sin excusa*.—*El Cura instruido*.—*El Confesor instruido*.—*El Penitente instruido*.—*El devoto de María*.—*El Maná del alma*. Todas han sido traducidas en castellano por diversos escritores. Hay entre otros opúsculos de nuestro autor uno célebre que muestra la integridad católica de Sèneri y su olfato para descubrir herejes y herejías. Su título *Accordo dell'azione e del riposo nell'orazione: Concordia entre la acción y la contemplación*, dirigido contra nuestro

presidió en la mente del autor y los principios literarios que le dirigieron. «En cada sermón, dice sumariamente en su Prólogo, me he propuesto demostrar una verdad, no sólo cristiana, sino práctica, y demostrarla de veras.» Así resiste Sñeri á la corriente del mal gusto que corrompía el ministerio más sagrado. Para probar una *verdad práctica*, ha tenido que excluir los temas especulativos ó escolásticos, que más sirven á la admiración que á la utilidad de los oyentes, tomando sus argumentos del Evangelio de Cristo, y la erudición, no de autores profanos, sino de los Padres de la Iglesia. ¡Ojalá siempre hubiera sido fiel á su propósito, y nunca prevaleciera en él la tiranía del mal gusto!

Para probar de veras, protesta Sñeri que aun de los Libros Sagrados ha tenido que excluir muchas interpretaciones curiosas, ó torcidas, ó espirituales, por ceñirse al sentido literal, que es el más sólido. Y en cuanto á las razones, dice que ha buscado, no las más ingeniosas, sino las más fundadas, porque aquéllas son piedras ó diamantes falsos que deslumbran con su brillo, y él quiere seguir el ejemplo de nuestro divino Salvador, de quien se lee: *Viam Dei in veritate doces*<sup>1</sup>. Tampoco pretende hacer alarde de feliz memoria con citas demasiadas de Padres, con descripciones eternas, con prolijas enumeraciones, que causan pasmo en los que oyen y quitan la respiración en el que dice. Rechaza, asimismo, la costumbre de sus contemporáneos de ostentarse en el púlpito eminentes físicos, químicos, matemáticos, astrónomos ó jurisconsultos, porque no ve que hayan seguido esta senda ni los oradores cristianos ni los gentiles, en los dorados siglos de la elocuencia. Pero confiesa que ha puesto grande estudio en la locución y en el estilo, como halla que lo pusieron y no pequeño un León, un Jerónimo, un Crisóstomo, un Cipriano. Y la razón que le ha movido es porque le ha enseñado la experiencia que el hablar limpia y castamente, á ningún orador antiguo le disminuyó el crédito y

español Miguel de Molinos. Vivía este infeliz en Roma con opinión de hombre santísimo é inocentísimo: nadie maliciaba de él; nadie veía en aquel rostro compungido y moggigato al fundador del Quietismo. Sñeri vió al lobo tras la piel de oveja, salió su obra á la luz pública, y los romanos se escandalizaron de ella y blasfemaron del autor. El opúsculo de Sñeri fué prohibido y condenado, hasta que, desmascarada la herejía, fué condenado Molinos y absuelto el P. Sñeri.

<sup>1</sup> Luc., xx, 21.

autoridad; cuando, al contrario, el hablar inculco y desaliñado suele engendrar menosprecio. Mas este alioño tiene sus límites, que son aquella facilidad tan dificultosa que se encamina, no á lisonjear al auditorio, sino á respetarlo; y á este fin, aunque toma por modelo de su lenguaje el habla florentina, como la más castiza, huirá de voces raras y de adornos peregrinos, propios sólo para deleitar, mas no para sermones de batalla.

Protesta en tercer lugar que este probar una verdad y probarla de veras, se lo propone *siempre y en todos los discursos*. Porque ¿de qué serviría lanzar en uno rayos contra el vicio y compungir á los oyentes, si en otros excitase su hilaridad con ridículos donaires? ¿Cuán poco basta para desacreditar este augusto ministerio! Un sermón, una cláusula, una sola palabra. Tal es la gravedad que exige el pueblo de quien sube á la sagrada cátedra, no á declamar, no á discurrir por vano alarde ó entretenimiento, sino á decirle la verdad. Finalmente, declara que sólo ha buscado la gloria de Dios, y que no hace caso de los juicios de los hombres, de los cuales unos le aprobarán y otros le condenarán; porque le anima el dicho de San Agustín, quien hablando de San Pablo dice que, si hubiera temido á los que le burlaban, jamás hubiera llegado á los que creían: *Si formidaret irridentes, non perveniret Apostolus ad credentes*<sup>1</sup>.

Observaciones muy juiciosas, que encierran una delicada censura de los predicadores de su tiempo, y muestran lo que puede en los altos ingenios una educación clásica. Criterio que nosotros abrazamos y seguimos en esta versión, distinta de las anteriores, como basada en otros principios y encaminada á fines diferentes.

## IV

«No traduje como intérprete, sino como orador; guardé las mismas ideas y aun las mismas formas ó figuras, mas con modos de decir acomodados á nuestro estilo; y así en estas oraciones no trasladé palabra por palabra, pero conservé toda la fuerza y vigor de las palabras consideradas en su conjunto<sup>2</sup>. Estas máximas expuestas por el orador romano en el prólogo á su traducción de los discursos de Demóstenes y Esquines sobre

<sup>1</sup> Tract. contra Epic. et Stoic., cap. 2.

<sup>2</sup> De opt. gen. orat. V.

la *Corona*, han sido nuestra guía, seguros de que acertaríamos no desviándonos de ellas. Dos linajes hay ó modos de traducir, conforme á esta doctrina; una propia del intérprete, otra peculiar del orador ó del poeta. Aquél se propone trasladar palabra por palabra; éste cláusula por cláusula, ó más bien idea por idea, sentimiento por sentimiento. Aquél no mira si la imagen ó metáfora cae bien en la lengua á que se traduce; éste lo examina y la sustituye en sus casos por otra equivalente. Aquél se fija sólo en los elementos de por sí; éste pone su principal atención en el conjunto de que depende el efecto general. Y ¿quién duda que este último es el más apropiado para trasladar las obras de arte? Las falsificas quien sigue la letra con todo rigor. El artista trasladó y puso su alma en la oración y poesía; y el mérito del que traduce consiste en ver esa alma, pensar con ella, sentir con ella y trasladarla y como espejarla de nuevo en otro idioma.

Así entendieron la *fidelidad* en el traducir nuestros escritores del siglo xvi. Garcilaso de la Vega, en su prólogo al *Cortésano* de Castiglione, traducido por Boscán, dice así: «Fué demás desto *muy fiel traductor*, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino á la verdad de las sentencias; y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la otra, y así lo dejó todo tan en su punto como lo halló<sup>1</sup>. Hablando de este modo de trasladar, asegura que, á su parecer, es tan *difícil cosa traducir bien un libro como hacelle de nuevo*.

Además, como SEÑERI, contrastado por la corriente de la época, se deja arrastrar á veces, y ha de confesar con el poeta:

... *Videó meliora proboque,*

*Deteriora sequor;*

afeando sus sermones con tal ó cual reminiscencia pagana, ó con mitologías, ó con imágenes extrañas, ó con teorías ajenas, ó con interpretaciones curiosas pero falsas, hemos juzgado que haríamos un servicio á la elocuencia si, con la reverencia debida á varón tan insigne, ó descartáramos de nuestra obra lo que es inútil y aun perjudicial, ó bien substituyésemos en escri-

<sup>1</sup> Los cuatro libros del *Cortésano*, compuesto en italiano por el Conde Baltasar Castellón, y agora nuevamente traducido en lengua castellana, por Boscán. (Madrid, 1873).

tura diferente, cuando el trozo sea de importancia, lo que nos parece necesario para no desvirtuar la fuerza del discurso. Seguros estamos que nos lo perdonará y aun agradecerá desde el cielo el P. Señeri, cuya gloria literaria celamos como los primeros.

De los demás, unos alabarán nuestro propósito, y aun nos reprenderán por haber sido respetuosos en demasía en no tachar ó modificar tal ó cual pasaje, esta ó la otra idea, no de Señeri, sino del siglo xvii. Otros, por ventura, nos tildarán de osados y atrevidos por haber puesto las manos en una obra de ingenio tan esclarecido. A los primeros nos basta responder que no somos autores, y que, al hacer á Señeri español, fué nuestro intento avvicindarle en España y darle, si fuera posible, nuestro espíritu, nuestro traje y nuestro acento, mas no desnaturalizarle ni desfigurarle lo más mínimo. A los segundos diremos, que aquel respeta más á un autor que mejor traduce sus obras y con mayor fidelidad, no con esa fidelidad extrínseca, rastrera y material que afea y corrompe las producciones del ingenio, sino con la otra noble, intrínseca y formal que equivale á veces á una nueva creación; que las variaciones hechas, cuando miran, no á la expresión, sino al mismo pensamiento, van señaladas con asteriscos; y, finalmente, que si gustan de leer á Señeri, traducido palabra por palabra, ahí tienen la versión del doctor Antonio de las Casas<sup>1</sup>; y si le quieren ver en traje y estilo bien diversos, ahí está la traslación de D. José Fernández. Una cosa podemos afirmar: que por ninguna de las dos versiones hemos podido vislumbrar al Cicerón cristiano, al Crisóstomo de Italia, al gran misionero que arrastraba con la fuerza de su elocuencia muchedumbres de veinte y treinta mil oyentes.

En cuanto al estilo y la lengua, confesamos llanamente que somos admiradores y discípulos de nuestros autores ascéticos, que sabían hablar de Dios é inflamar á los hombres harto mejor que nosotros; de aquellos escritores espirituales y divinos que espiritualizaron el lenguaje y le dieron semblante de divino; de aquellos cuyas obras valen una biblioteca de Santos Padres, las cuales habían de ser nuestra principal librería y el sustento cotidiano de nuestras almas. ¿Quién duda que hace un bien inmenso al pueblo español quien le habla la lengua de

<sup>1</sup> Los nueve primeros discursos son traducción del P. José López Alcaraz, S. J.

sus padres y le facilita así la inteligencia de sus libros, y que no merece alabanza quien usando de una fraseología totalmente extraña, ó por mejor decir extranjera, rompe por su parte este vínculo de unión con nuestros antepasados?

## V

Réstanos decir dos palabras acerca de los estudios y análisis. La reflexión sobre los grandes modelos de elocuencia es tan necesaria para perfeccionarse en ella, como al médico el estudio y anatomía del cuerpo humano, y á todo artista la contemplación de las obras de su arte. Primeramente, á todos los discursos acompañan notas marginales, sistema antiguo pero muy ventajoso, las cuales llevan de la mano al estudioso lector y le descubren en una cifra los secretos medios de la persuasión oratoria<sup>1</sup>. Además, los tres primeros están desentrañados, por decirlo así, y desmenuzados prolijamente, siguiendo las doctrinas luminosas de los antiguos maestros y admitiendo de lleno su nomenclatura, porque no somos inventores, ni menos revolucionarios ó amigos de dañosas novedades.

¡Quiera Dios que redunde este pequeño trabajo á su mayor gloria, lustre y esplendor de la reina de las artes<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El Dr. Malmusi escribió unos análisis retóricos, que pueden verse en la traducción de Fernández. Son monótonos, sobradamente rebuscados, y se limitan á la parte de invención sin casi tocar en la disposición y elocución. Su crítica se reduce á decir que todo es bellissimo, oportunísimo y que no hay más que pedir.

<sup>2</sup> Nos hemos servido para nuestra versión de la última edición italiana publicada por el excelente impresor católico Sr. Marietti. *Opere Sacro-morali del Padre Paolo Segneri della Compagnia di Gesù. Torino, 1881.*



## DISCURSO PRIMERO

## LA MUERTE

Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem revertentis.  
Acédate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir.  
(GEN., III, 19.)

## EXORDIO

## I

INFAUSTA nueva vengo á traeros hoy, hermanos míos <sup>De las circunstancias de la</sup> muy amados, sobremuerta <sup>muerte</sup> triste y desconsoladora; y á la verdad que me ha costado no poca violencia el resolverme, porque siento en el alma tener que causaros desde el <sup>por hipérbolo</sup> primer día tan grande pesadumbre. Al pensamiento sólo de lo que voy á anunciaros se me erizan los cabellos, anúdase me la lengua y la sangre se me hiela de puro horror. Mas ¿de qué aprovecharía mi silencio? ¿de qué mi <sup>sustentación</sup> encogimiento y mi mal entendida caridad? Lo diré de una vez. Todos cuantos aquí estamos, jóvenes y ancianos, amos <sup>y afectos de horror.</sup> y criados, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos sin remisión somos condenados á morir. *Statutum est hominibus semel mori*<sup>1</sup>.

Pero ¿qué veo? ¿Nadie se asombra al escuchar noticia tan horrible? ¿Nadie se espanta? ¿Nadie palidece, ni muestra turbación en el semblante? Hay más, y esto me traspasa el corazón; no falta en mi auditorio quien en su interior <sup>su dureza presente</sup>

<sup>1</sup> Hebr., IX, 27.